

delicados, de decir buenas palabras y, por último, de darnos otras satisfacciones semejantes. *No hareis progresos dice la Imitación, sino en cuanto os hi-ciéreis violencia*¹. Y no es pequeña victoria, añade San Bernardo, *el vencerse á sí mismo*. Veamos á lo que estamos decididos á hacer ó á evitar en adelante: tomemos resoluciones particulares y eficaces á fin de que este cuerpo de pecado sea destruido, y que de hoy en adelante no seamos esclavos del pecado². Armémonos de un generoso valor: como San Bernardo, inflamémonos de una santa ira contra nosotros mismos. *Que Dios se levante, que la carne perezca, que el hombre enemigo sea derribado, que sea pisoteado este despreciador de Dios, este amador de sí mismo, este amigo del mundo, este esclavo de Satanás. Es digno de muerte; que sea crucificado*, para que no sea el alma un obstáculo que le impida salir felizmente de este mundo.

ARTÍCULO II

El cuerpo en el sepulcro nos enseña á no desear más que las cosas del cielo

Mientras estamos en este mundo, sentimos como, naturalmente, por nuestra

¹ Imit. 1. 1. c. 25.

² Rom. 6. 6.

desgracia, cierto disgusto por las cosas del cielo, y todo lo que no nos atrae á la tierra nos desagrada. Esta disposición depravada es otro obstáculo á la gracia de una buena muerte: un excelente medio para combatirla con éxito será también la consideración atenta del estado de nuestro cuerpo reducido á la podredumbre en el sepulcro. En un panegirico del Angel custodio, el P. Séñeri cuenta que un religioso había tenido la debilidad de dejar su monasterio: su ángel de la guarda se le apareció en el camino, y deteniéndolo en su huida le condujo á un cementerio vecino. Allí le mandó que bajase á un sepulcro, que abriese el ataud y considerase el cuerpo que estaba en él. El monje infiel bajó, abrió el ataud y vió el esqueleto; y herido por triste espectáculo que se ofrecía á su vista, condenó su inconstancia, volvió á la soledad que había abandonado y coronó una vida de penitencia con una muerte feliz.

Contemplando un cadáver fué como este religioso se sintió repentinamente cambiado, aprendió á pensar y conducirse de otro modo, y adoptó, en fin, los principios de una vida más santa. Lo que habia estimado antes, le despreciaba ahora: lo que habia deseado lo rechazaba; lo que habia visto con horror, convir-

tióse en el objeto de sus deseos. ¡Tan propia es la vista de un cadáver para enseñarnos á no desear más que las cosas del cielo! Una inducción acabará de convencernos.

En el triste lugar de destierro en que vivimos, nuestra alma es muchas veces el juguete de mil vanas ilusiones y de opiniones erróneas; mil afectos desarreglados la agitan muchas veces. Mas, después de la muerte, considerando su cuerpo en el sepulcro, ¿cuánto cambiarán sus pensamientos y sus sentimientos! Entonces, á la vista de su cadáver, el alma exclamará con dolor: ¿Dónde se encuentran ahora esos placeres de los cuales yo me sentía tan locamente ávida en la tierra? ¿Dónde está aquella libertad, aquella ociosa dulzura? ¿Dónde están los juegos y las diversiones? ¿Dónde está en fin, el gozo que yo buscaba en el pecado? ¡Todo pasó! ¿Qué me queda en este momento? ¡Ah! no me queda más que el recuerdo, el pesar, el remordimiento desgarrador de haber ofendido á Dios; no me queda más que la condenación y la pena que han seguido mi pecado. Hé ahí, pues, la recompensa que el demonio, con sus engañosas promesas, prepara á los que le sirven; hé ahí el digno salario que espera á los esclavos del mundo.

Mas ¿cuán diferentemente se porta Dios

con sus amigos! Traigamos á nuestra memoria el poco bien que hemos hecho durante nuestra vida, acordémonos de las victorias que hemos ganado sobre nosotros mismos, de la mortificación de nuestros sentidos; pensemos en los trabajos y en las persecuciones que hemos soportado por la gloria de Dios y la salvación del prójimo; consideremos los dolores que hemos sufrido con paciencia por el amor de Dios en tal ó cual enfermedad. Esto es poco, es casi nada. Y, confesémoslo, ¿no se recoge un consuelo inmenso de lo poco que se da á Dios?

Sí, alma cristiana, después de la muerte todo ha pasado: los placeres, las dulzuras seductoras, todos los goces de la vida han pasado, y no queda más que el aguijón del remordimiento para atormentar la conciencia. Las aficciones, las penitencias, los ayunos, los dolores, han tenido también su término; y el consuelo ha sido el único fruto. Si hubieses fielmente practicado la virtud, si hubieses gobernado siempre sin miramiento los afectos de tu corazón, todas las penas habrían ahora concluido y una corona de gloria sería tu recompensa. Mas, porque has preferido las delicias de una vida sensual, no puedes esperar más que las terribles expiaciones del purgatorio.

Escucha, pues, las preguntas que te

dirijo y respóndeme. ¿Estás contenta en el día de hoy por no haber negado nada á tus sentidos y haber concedido á tu cuerpo todas sus satisfacciones? O, al contrario, ¿sientes no haber vivido más generosamente y haberte aplicado únicamente á la práctica de la virtud, haberte consagrado con ardor á la salvación del prójimo, y haber padecido mucho por Dios? Si hubieses reprimido constantemente la curiosidad de tus ojos, la ligereza de tus costumbres, la osadía inconveniente de tus palabras, tu inmortificación en la comida y en el sueño, esta violencia saludable, ¿no sería ahora para tí la causa y la fuente de un gran consuelo? ¡Oh! ¡cuán ciertas son estas palabras de Tomás de Kempis: *Os regocijareis siempre por la noche cuando hubiereis empleado el día con fruto.* Si, nos regocijaremos al fin de nuestra vida si podemos darnos el testimonio de haberla pasado bien. A qué desorden nos hemos, pues, entregado, para no vivir ahora como deseáramos haber vivido cuando nuestra negligencia sea irreparable? ¿Qué ilusión nos impide juzgar ahora de las cosas del cielo como nos enseñaría á juzgar la consideración del estado de nuestro cuerpo en el sepulcro? Tomemos resoluciones particulares; no nos exponamos á la desgracia de tener

que hacer oír esos gemidos que el pesar arranca al condenado: *¡Ay de mí! lo que habría podido hacer en un instante, ya no podré hacerlo en toda la eternidad.*

¡Oh! ¡cuán fácil me hubiera sido, exclamará nuestra alma en presencia de su cadáver, aspirar á la perfección de la virtud y llegar á una gran santidad! Tenía la gracia, el tiempo y la ocasión necesaria, y si hubiese querido lo hubiera alcanzado y á poca costa. Me sentía impulsado á llevar una conducta más perfecta, y había formado la resolución de hacerlo. ¡Oh! ¡cuántas veces he dicho: "Quiero santificarme, quiero aspirar á una gran santidad, y quiero comenzar sin dilación, ahora mismo!,"

Había dado ya los primeros pasos en el camino de la perfección. ¡Ah! perfectamente recuerdo los días felices, los meses, los años en que nada fuera de Dios me era agradable. Me acuerdo de las delicias celestiales de que mi corazón estaba inundado. ¡Oh! ¡qué contento estaba yo entonces! el yugo de Jesucristo me parecía suave y su carga ligera: había comenzado bien, y avanzaba en el sendero de la virtud. ¿Quién, pues, ha detenido este generoso ímpetu? ¡Oh funesto obstáculo que me hiciera parar en mi camino! No eran necesarios más que algunos momentos, un poco de constan-

cia, una victoria fácil sobre mi mismo; y habria triunfado, y habria llegado á la cumbre de la perfección, y habria ganado el premio. Mas, ahora, ¡oh detestable amor propio! hé aquí que por un placer infantil, por una bagatela, por nada, el edificio de mi santificación, comenzado tan felizmente, está derribado y destruido para siempre.

Si me hubiese vencido en esta ocasión, si hubiese practicado esta buena obra, si me hubiese abstenido de ese pecado, si hubiese correspondido á esta inspiración, habria adquirido, ¡oh Dios mío! una gran santidad. Si, habria obtenido innumerables gracias y merecido un grado inmenso de gloria. Mas, ahora, ¡oh dolor! he perdido todos estos bienes sin remedio. ¡Oh lágrimas mías, corred! pues neciamente me he arrebatado á mi mismo esas gracias sin número, ese alto grado de gloria, y he consentido en perderlas por una vana satisfacción!

He caido en el abismo de la tibieza, de un gran número de defectos y de pecados. He sido privado de la gracia que se me destinaba y del grado correspondiente de gloria, y otro mejor que yo lo ha recibido. Ese otro que fué amigo y compañero mío, brilla ahora con el vestido resplandeciente de la gracia que estaba preparado para mí y triunfa ceñido con

la corona de gloria que debía adornar mi cabeza. ¡Oh fatal momento en que resistí al impulso divino! ¡Oh día desgraciado en que descuidé la ocasión favorable de practicar la virtud! *¿Quién me haría volver á ser como en mis primeros días?*¹ Si yo pudiera volver á comenzar mi vida, ¡cuán santamente viviría! si esas ocasiones, si esas gracias volviesen, ¡con cuánta fidelidad correspondería á ellas y con cuanto ardor las recibiría! Tales serán después de la muerte los pensamientos de un alma en presencia de su cadáver: tales son las lecciones de sabiduría que nos da el espectáculo del sepulcro. Mas, continuemos y escuchemos hasta el fin los lamentos de esta alma cerca del sepulcro que ha recibido su cuerpo, á fin de que su desolación acabe de enseñarnos á no sentir afecto sino por las cosas divinas.

Señor, dirá, me acuerdo de los fastidios, de los trabajos y de las miserias que llenaron toda mi vida. Yo habria adquirido una gran santidad si hubiese consagrado á mi perfección, á mi salvación y á Dios la vigésima parte de esas penas, de esas solicitudes, de esas fatigas que me he dado por la carne, por la vanidad y por el mundo. ¡Insensato! he trabajado más por un poco de cieno que

¹ Job, 29, 2.

por el cielo; he hecho menos por salvarme, que lo que otros por condenarse. Por todos mis trabajos, cuidados y vigili-
 as, no he logrado más que aumentar mis penas en el purgatorio, porque he obrado sin pureza de intención, y aun mis buenas obras han sido mezcladas de muchos defectos. ¡Ay de mí! ¿qué he hecho ocupándome de todo menos de lo que debía hacer, y viviendo tantos años sin pensar seriamente en el fin para el cual Dios me había puesto en el mundo? ¡Oh, cuán santamente habría vivido si durante los días de mi peregrinación, hubiese tomado á la muerte por consejera! ¡Habría obrado con más prudencia si en todas mis dudas hubiese recurrido á la sabiduría de sus oráculos y conformado mi vida á sus decisiones! ¡Oh detestable amor propio, del cual quise tomar en toda circunstancia las lecciones y cuyas inspiraciones pérfidas han sido la regla de mi conducta y de mis aspiraciones! Tales son los pensamientos y sentimientos de un alma que considera su cuerpo en el sepulcro: tal es también la impresión que debe dejarnos la representación del mismo espectáculo.

A fin de asegurar los frutos que deben producir estas reflexiones, tengamos cuidado de poner en práctica los avisos siguientes:

Primer aviso: En todas las cosas, consultemos á la muerte: éste es el medio bien de evitar ó bien de llevar á cabo las acciones cuya omisión ó cumplimiento debe un día causar nuestro gozo. La muerte es la mejor moderadora de las costumbres, es la regla más segura de una buena vida. Debemos, pues, aconsejarnos de ella en todos nuestros asuntos, en la elección de estado, en la solicitud de un empleo, en todos nuestros convenios; en cualquier cosa que se trate de hacer ó de omitir, consultemos ante todo á la muerte, preguntémosnos á nosotros mismos: Al fin de mi vida, ¿qué desearía yo haber hecho en tal circunstancia? *Nosotros tenemos dentro de nosotros mismos*, dice el Apóstol, *la respuesta de la muerte*¹ á semejantes preguntas. Interroguémosla, pues: ¿Me aconsejas tú, ¡oh muerte! que persevere en este género de vida, exponerme á este peligro, que me adormezca en la tibieza y no elija ese estado de vida más seguro y más perfecto que Dios me impulsa á abrazar? ¿Me aconsejas permanezca en esta compañía, en este hábito, en esta casa, en este pecado; que pierda un tiempo tan largo en la ociosidad, en el juego, en el sueño, en el paseo; que busque mis satisfacciones y mi vanidad y

¹ Cor. 1. 9.

gaste toda mi vida en las ocupaciones y asuntos más vanos? ¿Me aconsejas consentida en esta tentación, consentida en este deseo y descuide esta buena inspiración? Consultémosla de ese modo y hagamos lo que nos diga, porque nada hay más cierto que este oráculo: ¡Oh muerte cuán bueno es todo juicio que tú das!¹

Segundo aviso. Entremos en los mismos pensamientos y disposiciones que animarán nuestra alma después que haya salido de este mundo: estimemos, amemos y recibamos las cosas como desearemos haberlo hecho después de la muerte: pensemos ahora como juzgaremos entonces; hoy tal pecado parécenos ligero, la resistencia á ese movimiento interior, cosa imposible; la cesación de este hábito, difícil, un género de vida más conforme á la santidad, impracticable. Mas ¡cuán diferentemente pensaremos en la muerte! ¡cuán insípidos nos parecerán todos los placeres del mundo, cuán suave el yugo de la virtud y cuán fácil la huida del pecado! ¡Cuánto deploraremos entonces haber dejado el sendero de la perfección, por motivos tan fútiles, y habernos arrojado en el desorden por nuestra credulidad en las falsas máximas! ¡Oh, cuánto detestaremos esos goces de

¹ Eclé. 41. 3.

los sentidos, esas comodidades de la vida, esos artificios engañosos del amor propio del cual fuimos esclavos! ¡Ay de mí! exclamaba otro tiempo un moribundo; *¿cómo por vanidades y bagatelas pude consentir en dejar un estado de vida más perfecto al cual yo sentía que Dios me llamaba?* ¡Ah! temo ahora el cumplimiento de esta amenaza: *Te he llamado, y tú te has alejado; yo me retiré de tu ruina.* Así es como este desgraciado daba á conocer sus pesares: guardémonos de que nos suceda á nosotros lo mismo.

Tercer aviso. Gravemos profundamente en nuestro corazón, pues que no nos es dado hacerlo en nuestro sepulcro, estas saludables máximas que nos enseña la muerte: 1.º No hagais nada ni descuidéis nada cuya ejecución ú omisión causaría vuestras tristezas en la muerte. No ocultéis nada que pueda inquietar vuestra conciencia en vuestra última hora. 2.º Cumplid cada una de vuestras acciones como si fuese la última de vuestra vida, como si debieseis morir al terminarlo y comparecer ante el tribunal del soberano juez para dar cuenta de ella.

Haced todas vuestras confesiones, vuestras comuniones y oraciones con tanto fervor como si debiesen ser inme-

diatamente seguidas de vuestra muerte. En todas vuestras obras, decíais á vos mismo: Si debiese morir depués de esta acción, ¿la haría? ¿Cómo obrarías tú?¹ Vivid, pues, como si la hora presente debiese ser para vos la última: No perdais nunca de vista vuestro último día. Cuando os levantais por la mañana, ignoráis si vivireis hasta por la tarde, y cuando os meteis en la cama para descansar, no podeis prometeros con seguridad que vereis la madrugada.² En una palabra, vivid como si el Señor debiese venir hoy mismo, y estareis sin temor cuando venga.³

Pongamos fielmente en práctica estos tres importantes avisos: aprendamos también, por la contemplación de nuestro cuerpo en el sepulcro, á huir de las delicias del mundo, á no sentirnos atraídos sino por las cosas del cielo; y, sin duda alguna, una muerte santa y apacible coronará nuestra existencia.

Espiritu divino, alumbradme y disipad las tinieblas que obscurecen mi inteligencia, á fin de que yo juzgue de las cosas y las desee como mi alma lo hará después de mi muerte. Derramad en mi corazón la unción de vuestra divina dulzura

¹ San Bernardo.

² San Basilio.

³ San Agustín.

para que, disgustado de todo lo terrestre y animado de un santo odio contra mi propia carne, huya con horror de lo que halaga los sentidos y el cuerpo, y desee únicamente las cosas del cielo. Haced que todos los esfuerzos y todos los votos de mi corazón tiendan constantemente al centro de los verdaderos gozos, y que halle insípido todo lo que me impediría gustar de mi Dios.

